

ALFONSINA STORNI – La Golondrina

Marina Leivas Waquil

Número 02, julho de 2019

URL: www.revista-acacia.com.br/2019/01/alfonsina-storni

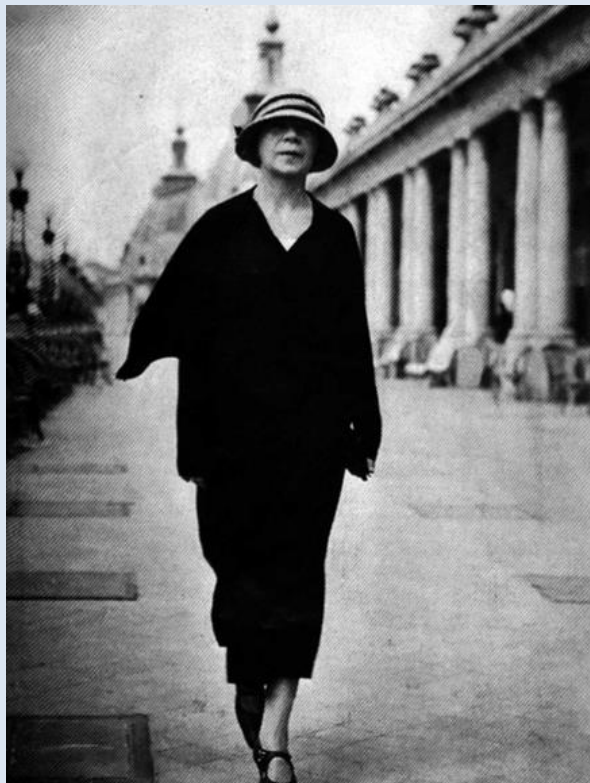
www.revista-acacia.com.br

ACÁCIA



Como citar esta tradução

STORNI, Alfonsina. La Golondrina. Tradução, prefácio e notas: Marina Leivas Waquil. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 2, n. 1, p. 10-90, 2019. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2019/01/alfonsina-storni>>.



Sobre a autora

Alfonsina Storni nasceu em um período em que sua família vivia na Suíça, em 1892, mas viveu desde os quatro anos em Buenos Aires, onde consagrou-se com sua obra literária em uma época em que as mulheres não tinham espaço no círculo literário, não eram publicadas e menos ainda lidas. É considerada uma das principais poetisas latino-americanas, ao lado de nomes como Gabriela Mistral e Juana de Ibarbourou, das quais foi amiga, e tem uma extensa obra não só nesse gênero, mas também em narrativas, teatro, ensaios e textos jornalísticos. Foi mãe solteira e sustentou-se de inúmeras formas até conseguir, com muito esforço e uma prolífica obra, adentrar no meio literário argentino, no qual, até hoje, é uma referência. Alfonsina se destaca por dar voz, em sua produção literária, à subjetividade feminina e por ter reivindicado um papel justo para a mulher em uma sociedade patriarcal e opressora.

Sobre o texto

Há exatos 100 anos, a revista argentina Hebe publicava “*Una Golondrina*”, de Alfonsina Storni. Denominado “novela breve” na obra “Alfonsina Storni: narraciones, periodismos, ensayo, teatro” (2002), o texto foca na vida de Lucila, mulher jovem a partir da qual Alfonsina trata dos temas que são característicos de sua obra: a vida na Argentina do início do século XX, o sistema patriarcal, as injustiças às quais são submetidas as mulheres, questões da maternidade e a arte em suas diversas formas. Em termos de linguagem, o texto, com forte carga lírica, chama a atenção, pois Alfonsina se dirige diretamente ao leitor, especificamente às leitoras, a quem chama pelo vocativo “amigas”. É a essas amigas às quais se dirige “*Una Golondrina*”/”*Uma Andorinha*” e é apresentada a trajetória de Lucila, que em muito se assemelha à da própria Alfonsina.

Sobre a tradutora

Marina Leivas Waquil, tradutora, é doutora e mestra em Teorias Linguísticas do Léxico, com ênfase em Estudos da Tradução, pelo programa de Pós-Graduação em Letras da Universidade Federal do Rio Grande do Sul. É tradutora juramentada concursada pela Junta Comercial do Rio Grande do Sul e, desde 2008, atua na pesquisa da interface entre tradução e terminologia. Desde 2017, estuda a vida e a obra de Alfonsina Storni a partir da contribuição dos estudos feministas e com foco em sua tradução para o português. Atualmente, é aluna do Programa Formativo do Centro de Estudos de Tradução Literária, da Casa Guilherme de Almeida, em São Paulo.

UNA GOLONDRINA

Amigas: esta es la historia de una mujer.

Pequeña historia de un corazón blando en lucha con una pasión avasalladora.

Conocéis, por ventura, esas flores mansas que crecen apacibles en los prados? Si el viento las desgaja, si el granizo las hiere, si el agua las sacude, mueren en el silencio de la tarde, bajo cielos torvos, a menudo injustos.

¿No os mueve la piedad, amigas, su triste destino?

¿Nunca habéis llorado después de una tormenta al ver acurrucadas en un rincón del patio las mustias corolas?

Ay, que nunca más verán el sol; ni perfumarán, vivaces, el travieso viento; ni reirán, felices con sus labios multicolores; ni vendrán, en la primavera, alocadas mariposas a libar en sus cálices las gotas de oro...

Escuchad, pues... Cuando Lucila alcanzó los 18 años, apenas representaba 15, tan grácil era su figura, tan tersa su mirada, tan núbiles los senos.

Si la hubierais visto corretear debajo de los árboles a la luz fantástica de la luna os hubiera parecido una exhalación benigna de la tierra; suerte de alma corpórea nacida de improviso al conjuro divino de las estrellas.

Pero no creáis, amigas, que Lucila hacía de ninfa por entre los árboles cuando todo es silencio.

Lucila, si bien romántica y sentimental, no supo nunca de estas correrías.

Sus padres, personas sensatas y circunspectas, sólo alcanzaron conocimiento de una especie de pan, el que comían, y nunca sus felices y reposados sueños fueron interrumpidos por los inquietantes sonidos de la flauta del malicioso dios griego.

Bajo esta dirección reposada y prudente, Lucila se abrió a la vida sin dolores ni inquietudes.

Verdad es que ni un pequeño contratiempo había turbado su existencia: hija única de aquel acomodado matrimonio, su venturosa niñez pasada en la Metrópoli había sido como un baño fresco en límpido arroyuelo orillado de hierbas.

Más tarde, la delicada salud de la madre les había obligado a ocupar una quinta que poseían en los alrededores de San Isidro.

Y los años habían pasado: tres o cuatro institutrices de ciencias poco pesadas, sus perros, sus bordados, el piano... y 18 años gloriosos en las venas con la vida psíquica dormida, inerte, sin ayer y sin

mañana.

En medio de esta calma apuntaban pequeños torbellinos; y eran: su pasión por los días de plena luz, por las flores vivísimas, sus velados achaques de tristeza y su afán de divagar en el piano cuando, despacio, el sol ha dejado la tierra, y se azulan los pastos, y están, las palomas acurrucadas en sus casullas.

Pero, amigas, el dolor tiene las propiedades del viento: está en las montañas y en el llano, en el bosque y en las estepas, en los mares y en el desierto.

Fino y astuto voltea puertas, desencaja ventanas, viola cerrojos, penetra por claraboyas, las rendijas, los agujeros de las llaves, atraviesa las cortinas pesadas, los tules livianos, los biombos espesos y expande en todas direcciones.

A veces toma formas ligeras: en el céfiro perfumado, la brisa matinal, el airecillo blando... Pero de pronto monta en cólera, da vueltas sobre sí mismo, busca espacio, camino, distancia, mueve sus moléculas, cobra alientos, solloza, silba, brama, ruge y corre enloquecido sobre la tierra indefensa.

Así, al lado del cadáver de su madre, Lucila experimentó la primera sacudida formidable. Frente a sus ojos vidriosos, aterradores de fijos y a sus manos inmóviles para toda la eternidad, las preguntas terribles se agolparon a su mente.

Momentos hubo en que se palpó los brazos preguntándose si eso podía morir, y otros en que, motivos musicales que le eran familiares, cobraron en su cerebro un significado profundo, como si, de un

golpe, en los distintos campos de su psiquis, se hubieran adelgazado los impalpables velos que nos separan de la verdad.

Lucila no era religiosa: su madre, criolla, de origen extranjero, le había dicho siempre que estas sencillas palabras: yo creo que allá arriba debe haber algo superior al hombre y que no se debe hacer daño a nadie.

Su padre, dinamarqués, llegado al país siendo muy niño, se había dedicado, ya hombre, a negocios de exportación y en verdad que más le preocupaba la calidad de una bolsa de trigo, que saber cómo estaba embaldosado el venturoso cielo de San Pedro.

Así, pues, cuando las preguntas llegaron, no tuvo Lucila una respuesta preparada por la fe, ni una intentona a base de ciencia más o menos barata.

Lloró mucho, exprimió su corazón, y se quedó con las preguntas dentro del alma, como en los dedos suelen quedar esas agudas espinas que luego pudren el tejido para salir.

Abreviemos: un año más tarde Lucila está con su padre en Buenos Aires.

Han alquilado un modesto piso en la calle Talcahuano porque los negocios marchan mal.

Pocos amigos van a la casa. Parientes no tiene. Entre los más asiduos concurrentes a aquélla, está el

flamante asociado del padre de Lucila... ¿Y quién más? Para qué...

Este visitante es ligeramente moreno, de bigotes negros, ojos relucientes y firmes.

Bajo, regularmente grueso, alardea de gran habilidad en los negocios y tiene en sus labios un chiste, una historia entretenida, una anécdota interesante.

Todo lo conoce, todo lo resuelve, nada hay para él que no pueda realizarse. Y como es fácil de palabra y de gran desenvoltura, logra que le crean y sus hazañas van y vienen como una pelota bien manejada.

¿Sospecháis, amigas?

Un buen día el padre de Lucila también se enferma. Su socio, Daniel Mendoza, se ha captado su confianza. Lucila no entiende nada. Es una niña sin la experiencia de las muchachas de la ciudad. Sabe que su padre puede morir... Sabe que está sola... Sabe que los negocios anduvieron mal... Sabe que Daniel es simpático.

Daniel sabe más: buen catador de doncellas, presiente la miel de los labios de Lucila y calcula el peso de su bolsa, aunque menguada.

Y una noche se comprometen, y un día, casi moribundo el padre, se casan y... no querréis que os diga más, amigas mías, porque a vosotras os contaron cuando niñas que a la Caperucita Roja la perseguía el lobo,

y temblabais como la hoja de un árbol, sospechando sus dientes afilados y poderosos.

¡Ah... la pobre Caperucita!...

Muchas veces, cuando un espíritu blanco ha sido lanzado de golpe a la vulgaridad de la vida, me he imaginado un jardín primorosamente cuidado por manos cariñosas, y en donde, una manada de búfalos, ha penetrado de improviso en correrías furiosas.

Noche de bodas torpe y estúpida la de Lucila.

Noche de recordar los besos amorosos de la madre, y los pájaros de sus jaulas y el agua de sus fuentes.

Noche de llorar a sollozos hondos e incontenidos... Noche de preguntarse ¿y esto es todo? Noche de estarse con los ojos desmesuradamente abiertos al lado del hombre que duerme su vulgaridad.

Ella se preguntaba si esto era amor, y no teniendo respuesta hubo de pensar que el amor era una de esas frutas rosadas y tentadoras que al hincarle el diente muestran la pulpa corroída por invisible gusano.

Una melancolía profunda se posesionó de su espíritu, melancolía que la tornaba antipática ante su marido.

Lucila no sabía más que llorar.

Así, entre un ser delicado e inexperto que ocultaba todos sus sentimientos y encantos y un hombre vulgar, sensual, grosero, materialista, despreocupado de todo problema espiritual, se alzó el hielo más perfecto que imaginarse pueda.

Días de un vacío cruel se sucedieron.

Si Lucila hubiera sabido más, si hubiera tenido capacidad para dominarse, tal vez habría procurado atraerse a su marido, hacerse amar ya que no amarlo, para reemplazar con la armonía de una vida sin accidentes la falta de calor espiritual.

Pero ¿cómo llegar con sus pocos años, sin lecturas y sin conocimientos de la vida a esta manera de defensa?

Ella se dejaba llevar por su corazón: no ocultaba ni sus tristezas ni sus náuseas, y de esta manera la frialdad se hizo acritud y la acritud se hizo golpe.

Daniel llegaba a su casa a la hora de comer y a la madrugada, cuando llegaba...

Palabras secas, gestos agrios, tristeza... horror...

Un día, uno de los tantos días oscuros, un largo rayo de la luz la bañó en su bondad.

Lágrimas dulces y serenas cayeron de sus ojos...

El cielo le pareció más azul, la tierra más grande. Pensó en Dios, pensó en su madre, recordó el piano olvidado.

La palabra hijo le hinchó el corazón de sangre tibia y su sentimentalidad innata se encauzó hacia el futuro, pequeño ser...

Cuando se lo dijo a su marido, un temblor inefable la sacudía entera; a pesar de todo, sentía deseos de amarlo, de recibir de sus labios una palabra amable, de sus manos una caricia blanda, liviana.

Pero Daniel la heló con sus palabras... eres realmente estúpida, le lanzó a la cara, cuando la vio, ante su indiferencia, llorar de nuevo.

Y ésta, su pequeña puerta del alma, por donde él pudo entrar como padre de su hijo, fue cerrada para siempre con un sigilo silencioso.

Pero hay diferencia entre suponer y ver: Daniel que acogió con tanta frialdad el anuncio de su hijo, no pudo sustraerse a la atracción de su presencia y con su llegada al mundo el matrimonio pareció entrar en una nueva etapa.

El trance de ella, la belleza del infante, movieron un poco de ternura el alma seca de Daniel.

También las enfermedades crónicas sufren sus alivios y esto no fue más que una tregua en la

tempestad.

Parece que en la naturaleza y en las cosas no hubiera más que un solo pensamiento que se repite sin cesar, tanto en lo material como en lo inmaterial.

Tomad un género y una plancha, por ejemplo: haced a base de calor fuertes y acentuados pliegues. Más tarde, si intentáis deshacerlos o darles nuevas direcciones, conseguiréis solamente mientras dure el esfuerzo de vuestras manos, pues libre, retornará a sus pliegues primitivos.

Así las impresiones del alma marcadas al fuego benigno o perverso de la vida: leves modificaciones, pequeños desvíos, no duran más que el tiempo determinado por su causa accidental, para tornar de nuevo al primitivo estado.

Y al entrar el niño en su primer año de vida, toda estaba en sus corazones como antes, peor que antes, porque Lucila había ido descubriendo en Daniel defectos desconocidos: jugaba, bebía, tenía mujeres.

Billetes insolentes y pedestres vagaban en sus bolsillos con descuido tal, que parecía burla; Lucila llegó a pensar si lo haría de intento.

Pero ahora el instinto de la maternidad la llenaba de prudencia: ocultaba sus disgustos, reprimía sus lágrimas. Por el hijo estaba dispuesta a soportarlo todo.

¿Conocéis, sin embargo, amigas lo que es un derrumbe?

Imaginad una pared derecha y fuerte: cierto terremoto la ha sacudido de tal manera, que los ladrillos han sufrido una brusca inclinación; pero, no ha caído, porque, todo, antes de caer, trata de buscar su equilibrio. Habiéndolo encontrado, no es extraño que, agrietada ya, plantas trepadoras la hayan cubierto con generosidad durante varios años, pero el viento de hoy ha desprendido dos o tres ladrillos, la lluvia de mañana ha hecho dar contra el suelo pedazos de cal. Fuertes calores, resecaando el material, han producido nuevas grietas... arañas hicieron allí sus casas, lagartos han horadado la base para sus cuevas... cada vez que el viento ha pasado arrancó innúmeras partículas de polvo...

Mas la pared soporta aún: su instinto de equilibrio es superior al frío y al calor, al agua y al viento, y está sobre la tierra tambaleante a ratos, pero de pie todavía, hasta que, en su hora propicia, elementos extraños la han sacudido con violencia inusitada y los ladrillos desmembrados y sin cohesión no poseen ya la elasticidad primitiva.

Es entonces cuando, la pobre y heroica pared, cae informe en un montón de ladrillos tristes y viejos.

La voluntad de Lucila estaba, en verdad, como la pared, en trance de derrumbarse. Había sufrido granes y pequeñas sacudidas que, dando de continuo en su voluntad, amenazaban, como la gota de agua, calar la piedra.

.....

Son las dos de la mañana: Lucila al lado de la cama de su hijo vela impaciente y lacrimosa. La fiebre devora al inocente que se revuelve en su camita a ratos y otros se queda aletargado como si la muerte fuera a

acercársele sin remedio.

- No tardes esta noche, Daniel - ha suplicado. El nene está enfermo.

Dan las tres...

Un silencio profundo ha caído en la ciudad.

Afuera, el viento silba a ratos...

Dan las cuatro...

El niño se queja ahora: sus ojos se revuelven y en los miembros se esbozan convulsiones.

Lucila, enloquecida, corre al teléfono pidiendo médico... después vuelve al lado del hijo, lo besa, lo acaricia, lo llama, lo aprieta, lo abriga, lo acomoda de nuevo y se queda, luego, inmóvil, con las manos del niño entre las suyas.

Pero, de pronto, corre otra vez al teléfono, va a la ventana a mirar la calle, llama a timbrazos prolongados a la sirvienta y vuelve a aletargarse junto al niño.

Dan las cinco...

Un tarareo discreto y alegre corta en este momento el silencio de la ciudad.

Al sentirlo un estremecimiento brusco corre a Lucila...

Daniel abre las puertas de su casa y sube las escaleras tranquilamente, a paso de hombre feliz de su día.

.....

Ahora Lucila está con su hijo tirada sobre la alfombra jugando... Las risas de ambos suenan en la tarde limpia como dos venturosas campanas de cristal.

Daniel ha entrado: habla, sigue hablando, vuelve a hablar...

Lucila escucha, sigue escuchando, vuelve a escuchar... Aprieta contra su pecho la rubia cabecita del nene y cuando el padre sale le dice entre pequeños sollozos, entre besos humildes, entre inefables sonrisas: nos vamos a ir de esta casa, nene, papá está pobre... nos vamos a ir y no la tendremos ya a Juanita para que juegues...

El niño se vuelva a reír con su risa de antes... toma entre sus dedos rosados y transparentes la nariz de la madre, le tira del cabello dando pequeños gritos de júbilo...

Y afuera hay el sol más bello que los hombres vieron.

.....

Ahora estamos otra vez en una madrugada: Lucila duerme y también su hijito... Una mano brutal la

despierta... Daniel, ebrio, está a su lado y la mira horriblemente... ella salta de la cama y huye de sus ojos...

Oh caed cortinas negras, caed para que no vea... Cerraos oídos míos para que no oiga...

Sollozos de mujer en la noche miserable; gritos de niño en la sombra protectora... Oh tristeza!

Pero al apuntar el sol Daniel duerme... de su labio inferior grueso y caído se escurre el hilo nauseabundo.

Lucia hasta ahora ha sido, es un instinto y, como muchos débiles, es fuerte por su instinto.

Un asco perfecto la estremece; el grito de ¡no más! ¡no más! La domina.

Busca en su ropero joyas, ropas, dinero escondido y con los labios apretados, los ojos secos, el corazón deshecho y el hijo en los brazos, se lanza a la calle salvadora, amplia, abierta a su esperanza.

Os invito a entrar... pasad... ¿Veis aquel joven de aspecto tímido e insignificante que está sentado en una butaca de cuero rojo, hablando con tan agradables modales con otros señor que ni a mí ni a vosotras nos importa?

Es Julián Varela, un muchacho abogado, muy discreta persona.

Pero acercaos más y no os sorprendáis. ¿Quién es aquella encantadora joven que hace mover la

máquina de escribir con tanta rapidez?

Hubo por las cercanías de San Isidro una joven rubia, de senos núbiles y mirada tersa que gustaba de hacer gemir su piano a la hora del crepúsculo, ¿os acordáis?

Es Lucila.

Podéis admirarla ahora más hecha, pero no más bella.

Cierta coquetería que os sorprenderá da a su persona un encanto nuevo.

De su blusa blanca, primorosamente limpia, emerge el cuello delicado que se ensancha en una flor de oro de pétalos desordenados e inquietos.

Lucila se gana la vida para sí y para su hijo.

Hace ya un año que está empleada como secretaria de Julián y vive en una casa de pensión.

No seáis maliciosas.

Es verdad que él la quiere mucho. Si fuera libre la habría solicitado en matrimonio.

Lucila parece no darse cuenta del interés que ha despertado.

A veces los ojos de él demóranse más de lo prudente en sus manos, pero Lucila cree ¿lo dudáis? que

los ojos de Julián son sumamente perezosos.

Ahora, volved otro día: Julián se acerca a ella con un diario en la mano; silenciosamente le señala una noticia.

Ella lee: Daniel Mendoza ha sido condenado a diez años de prisión por estafa.

Lee una vez más, lee otra, intenta hablar, pero su cerebro da vueltas, todo se oscurece y da con su cabeza contra la máquina.

Hay gentes que creen que todo en la vida debe pensarse, razonarse y explicarse.

Sin embargo, en las grandes ciudades donde la vida es agitada y difícil, innumerables personas no se detienen a razonar su vida ni discutirla.

La aceptan de buena ley sin esforzarse demasiado en problemas de orden social, moral o religioso.

Lucila se hallaba sola, alejada completamente de amigos, y había sufrido mucho en los tres años de lucha soportada desde que huyó de su casa. Su marido – que para su felicidad no la había buscado – estaba ahora en la cárcel y Julián le ofrecía rehacer su vida.

Ella conocía bien a Julián; la experiencia de su matrimonio le había hecho tomar desconfianza ilimitada hacia todo hombre, y en cuanto la vida la ponía en contacto con un ser masculino, trataba de

ahondar en su espíritu.

Pero en verdad no le tenía amor... se sentía amiga de Julián, lo admiraba por su bondad, le encantaban sus gentilezas, hubiera sido de buena gana una hermana de él, nada más.

Pensando en su hijo, más que en ella, deseosa de permanecer todo el día a su lado para cuidar de su educación, en vez de tenerlo, como lo tenía, en manos ajenas y viéndolo una o dos veces por semana, se resolvió a aceptar la protección de Julián.

Un alegre chalet en Flores fue elegido para nido de esta unión, y como hubiera llevado de la mano a su blanca desposada, Julián con una de esas escasas delicadezas que las mujeres no olvidan, nunca la consagró su compañera del alma.

Pensad en un pájaro bello de alas capaces y sedosas, que durante largos años estuvo en una jaula estrecha y sucia; imaginaos su plumaje empobrecido y triste y la angustia de sus ojos inquietos, al contemplar, desde su prisión, tan azul el cielo y tan verdes los árboles; pero abridle la puerta en primavera, dadle una selva florida y olorosa con pequeñas corrientes cristalinas y veréis al pájaro echarse a volar por entre el follaje, piar alegremente y ensanchar sus alas.

Julián dio a Lucila una tranquilidad tan dulce y simpática que mucho parecido tuvo con la felicidad.

Era, aquel, uno de esos espíritus bien nacidos, sentimentales y finos, sin luces extraordinarias, pero conocedores del buen camino en la vida.

Satisfecho de la natural inteligencia de Lucila, la incitó a continuar estudiando música y le acercó libros elegidos.

Horizontes nuevos despertaron en esta alma sensible y sin tendencias definidas.

Preguntas acumuladas hallaron ahora discretas respuestas... su espíritu se desahogaba.

Entre las atenciones de su hijo, su casa primorosamente alhajada por sus manos, un poco de lectura y música, las horas en que Julián no estaba en casa se deslizaban rápidamente.

Cuando él volvía, el tiempo pasaba sin sentir.

Julián la interrogaba sobre sus impresiones del día, sus lecturas, sus pensamientos... ella charlaba con cierta timidez y entonces él ampliaba sus ideas, las redondeaba, las completaba.

– Sí; yo he pensado eso – explicaba ella – pero no lo sabía decir.

Una preciosa noche, después de haber andado un rato por el jardín, subieron a las habitaciones.

– Toca algo – insinuó él.

Ella se sentó al piano y dejó deslizarse un motivo de Grieg; la música imprecisa como una espuma salía de sus dedos inmaculados e iba a morir al jardín blanco de luna.

Susurros infinitos venían de los árboles; una presencia divina hacía temblar los dedos de Lucila que

siguieron oprimiendo las teclas como en un sueño... momentos después el piano se quejaba dolorosamente: “delicia inefable de morir” decía la música nueva... Lucila improvisaba.

Julián se acercó: escribe esa música, le dijo, es sutilísima.

Bah, exclamó ella, divagaba...

Pero él insistió, y momentos más tarde, signos negros quedaban hechos en las tapas de un cuadernillo musical.

Los 28 años sorprendieron a Lucila en este bello oasis de paz.

Recordando los sufrimientos pasados al lado de Daniel podía decir: ahora, todo me sobra: cielo, esperanza, alegría, techo, mesa...

Su chico era bueno y dulce; Julián lo quería como un hijo y se esforzaba para que su incipiente espíritu de ocho años, se expandiese también hasta donde lo permitiera su elasticidad.

El niño, sentimental como la madre, parecía no haber heredado nada de Daniel: era sensible, más bien reconcentrado, y como ella, mostraba inclinación por la música.

Lucila aprovechaba esta tendencia con habilidad y el niño progresaba bajo tan cariñosa dirección.

¿Pero qué había allí, muy al fondo del alma de Lucila, en el oscuro pozo espiritual donde ella no hubiera querido penetrar con sus pensamientos?

¿Lo sabía acaso? ¿Se lo había vivido hasta ahora de casualidades. ¿Pero, estaba ella en su verdad?

Se había preguntado alguna vez si esta era la suerte que hubiera deseado si un ser sobrenatural le hubiese dicho: he aquí la arcilla de tu porvenir; dale forma a tu destino.

Quizá Lucila no había llegado aún a razonar nada porque después de los terribles sufrimientos al lado de Daniel, gloria era su vida presente.

Cierta vez, sin embargo, leyendo una novelita de Francis Jammes, Historia de una muchacha apasionada, se había quedado inquieta, preocupada.

Aquella noble y aristocrática muchacha, fuerte y sana, que se echa en brazos de un pastorcillo de la montaña “sin reservas y sin remordimientos”, le había hecho el efecto de una brasa.

Momentos hubo en que arrojó el libro y otros en que se abrevó en su páginas con una avidez desconocida.

Yo quisiera sentir así – pensó.

Pero una ligera indisposición de su hijo ocurrida el mismo día sofocó sus nacientes divagaciones y el libro quedó olvidado en la biblioteca, mientras todos sus pensamientos se reconcentraban en su criatura, que

era, en realidad, luz de sus pupilas.

Estamos en una noche de diciembre... Buenos Aires, siempre tan árido, se alegra con sus tipas en flor que echan sobre las anchas avenidas una menuda alfombra de oro.

El cielo vuelca su copa azul en una luz diáfana, transparente... y las estrellas semejan un cristal opalino, temblante, temeroso de Dios.

Prepárate para que salgamos, le ha dicho Julián, y Lucila con un singular vigor en las venas ha ido a vestirse.

No sabe lo que le pasa ese día; le parece que todo está electrizado.

Deseos de reír y llorar la asaltan a un tiempo... hace momentos sus dedos en el jardín arrancaban rosas y las rompían y sus manos se alzaban hacia el cielo; oh placer: palpar una estrella, estrujarla entre los dedos...

Ni un recuerdo, ni una esperanza hay en ella... Un divino vacío que llenaría con ella alma de la noche, si le cupiera en suerte aprisionarla como una mariposa.

Ya en el carruaje, las manos de Julián toman las suyas fraternalmente: -¿Qué tienes? -le pregunta- ¿estás nerviosa?

- No - responde ella.

Y su mirada vaga, y sus pensamientos vagan, y su corazón vaga,,,

Cuando llegan a Palermo pasean un momento por el Rosedal, charlan amablemente, ríen a ratos.

- Estás distraída - insiste él.

- ¿Te parece? - contesta ella.

De pronto alguien detiene a la pareja: -¡Julián! -exclama.

-¡Ernesto!

Ernesto, que acaba de llegar de Montevideo, es un amigo muy querido de Julián.

Alto, fino, nervioso, tiene la más bella y varonil cabeza que imaginarse pueda.

Su piel mate, palidísima, le presta una melancolía sutil; el cabello sedoso, a grandes ondas echadas con descuido hacia atrás, vigoriza su melancolía que se deshace en ojos intensos y pasionales y ríe en su boca blanda y alegre.

¡Oh! Ernesto es la simpatía misma.

Piensan algunos que la simpatía es un signo de mediocridad, pero esta cálida atracción que emana de

Ernesto, deshace toda frialdad filosófica.

Se diría que el mundo está hecho para que Ernesto lo tome con la punta de los dedos, que así, a través de él, parecen fáciles y realizables las cosas.

¿Y no hay, amigas mías, un placer especial en acercarse a las personas en quienes todo da la idea de facilidad?

¿No parece que al lado de ellas, nuestro esfuerzo para soportar la vida descansara?

Aquella noche dos ojos negros obseden a Lucila.

Una fina sonrisa, sobre una boca movable, vaga en sus sueños. Lucila se analiza. Soy una loca, exclama.

Y pensando así se acurruca sobre el pecho de Julián y en su interior le dice: oh, amigo mío, mi buen amigo, libértame de los ojos y de la boca de aquel...

La novelita de Francis Jammes vuelve de golpe a su imaginación y entonces toma a su hijo en brazos y lo besa: pequeño mío, piensa, tu mamita es una mala mujer, pequeño mío!

Y lo besa en la frente como para deshacer con esta caricia pura la mala obsesión.

Días más tarde Ernesto ha sido invitado a cenar con ellos.

Cuando Lucila lo sabe se disgusta de veras, que a fuerza de echarse en cara su inquietud ha acabado por dominarla pero ya están hechas las cosas.

Piensa por momentos en hablarle de ello a Julián, pero como los hombres han enredado de tal manera la vida que ya no saben dónde está el bien y el mal, se cree culpable de haber dado cabida en su pecho a una impresión que, en verdad de hechos, ella no ha ni procurado ni admitido.

Y esa noche ¿Ernesto se ha empeñado en deslumbrar?

Lucila sufre... La risa de él se le entra por los poros y la ofende.

A menudo sale de la sala donde conversan con pretexto de ir a ver al niño que duerme.

Julián la invita a tocar el piano, pero al hacerlo, tropieza a cada rato... está realmente molesta.

Ernesto lo ocupa entonces y toca cosas amables ligeras.

Su elegancia natural crece en esta actitud. A momentos su cabeza se levanta ligeramente y sus ojos se entrecierran con íntima ternura.

Lucila va pasando insensiblemente de la nerviosidad a la tristeza... deseos de llorar la asaltan ahora y cuando Ernesto deja el piano ella lo retoma con soltura inesperada: tristeza indefinible trasuntan las notas... A ratos Daniel pasa por ellas con su odioso cortejo de miserias y el piano se vuelve hosco como el viento,

otros el hijo dulce le acaricia los dedos y caen lágrimas finas, imperceptibles como menudas pompas de jabón que se quiebran al que desaparecen en la primitiva melancolía... de pronto la boca de Ernesto pasa como un relámpago en ligeros arpegios...

Cuando termina, una leve palidez la sutiliza... sus ojos están llenos de fuego, las alas de su nariz tiemblan ligeramente.

Ernesto recibe una sensación de belleza completa.

Es encantadora –piensa.

Y al despedirse esa noche la lleva en los ojos, peligrosa puerta por donde es muy fácil hallar los caminos que descienden al corazón.

¿Se imaginó alguna vez Lucila que en la fragilidad de su persona podría prender un día la chispa enloquecedora?

Lucila no había mirado jamás los ojos de un hombre con sesgada intención.

Su naturaleza, moderada siempre, no había experimentado sacudidas de tal fuerza que la hicieran capaz de un arranque pasional.

Al acercarse a Ernesto, esta capacidad de su ser afectivo había salido de improviso a la superficie,

dejándola sorprendida, anonadada.

Tenía la sensación de no caber en sí misma, de expandirse más allá de su ser y de hallarse en contacto con todas las cosas.

A momentos le parecía sentirse tan liviana, tan incorpórea como el viento...

De noche, le daban miedo los mundos luminosos del cielo: una garra celeste descendía sobre ella y la aplastaba, pequeña, indefensa, sobre la tierra donde se movía.

Entonces copiosas lágrimas regaban su exaltación, lágrimas que crecían medida que trataba a Ernesto.

Antes de llegar a este estado sentimental intentó defenderse de muchas maneras, pero todo había sido inútil.

Ni sus reflexiones severas, ni Julián, ni la inocencia de su hijo, ni su pasión musical, lograban quitarle de los ojos el rostro de Ernesto, ni de los oídos de su voz, ni de sus manos el recuerdo de las suyas, ni de su ser todo el otro ser.

Una obsesión constante la perseguía: hubiera deseado huir de sí misma, deshacerse, aniquilarse, para no soportar semejante tortura.

Y su pensamiento era claro. Se había tirado a los pies de la Muerte como un perro antes de traicionar al hombre que la había colmado de tan altas delicadezas.

A veces, volvía a entrar en deseos de confiarle su pena: parecía que desmenuzando su sentimiento, analizándolo, comentándolo, iba a deshacerse como la luz al pasar por un cristal tallado.

Pero cuando iba a hacerlo, la tranquilidad de Julián, su confianza ilimitada, su altura moral, contenían sus palabras y el corazón de le ahogaba, lleno de pasión, de dolor, de desventura.

La seguridad intuitiva de que Ernesto la amaba, servíale para aumentar su desazón.

Hacía ya tres meses que se veían una o dos veces por semana, bajo la serena mirada de Julián, y sólo los ojos y las manos habían traducido furtivamente la dulce nueva.

En el corazón de Ernesto se libraba también una lucha que no tenía ni la intensidad ni la gravedad de la de Lucila.

Un escrúpulo de amigo, tan fuerte quizá como su deseo, turbaba con frecuencia sus pensamientos y se prometía –cada vez que salía de la casa de Lucila– no volver más, embarcarse para Montevideo, donde lo esperaban los suyos y el sosiego.

¿Qué aguardaba allí? ¿Un idilio romántico? ¿Una aventura vulgar? ¿Una tragedia?

¿Amaba tanto a Lucila? ¿Qué dolor en común tenían los dos? ¿Qué esfuerzo habían realizado juntos? ¿Qué ideal perseguían?

Lucila le gustaba profundamente, es verdad.

La gentileza, su espiritualidad, el encanto de su voz, sus manos alargadas y exangües lo cultivaban de una manera no común.

Tentado se había sentido, más de una vez, de hablarle, de escribirle, de decirle todo eso.

La hubiera querido suya.

¿Pero, es que no quería lo mismo de todas las mujeres bellas y espirituales con quienes se ponía en contacto?

Y pensando así todos los días se disponía a partir y todos los días un pretexto lo retenía en Buenos Aires.

Así las cosas cuando el destino les preparó una trampa mortal.

Esa noche, mientras esperaban a Ernesto a comer, un mandadero trajo a Julián un mensaje reclamando su presencia urgente en casa de su madre.

–Atiende a Ernesto –le dijo a Lucila– y excúsame.

Cuando aquél llegó la encontró sola.

La comida no fue tal; la nerviosidad de ambos era tan extrema, que apenas probaron bocado.

Cuando la sirvienta entraba a servirlos, como si se hubieran puesto de acuerdo, alegraban el tono de

la voz dándole una ligereza fingida.

Este esfuerzo de ambos por disimular ante un tercero, contribuía a confundirlos más, pues, de una manera indirecta se decían lo que, por lo visto, estaban resueltos a no confesarse.

Terminada la cena entró la mucama solicitando consentimiento para acostar a su hijo.

La idea de que el niño iba a dormirse, dio a Lucila una extraña sensación de soledad y fue asaltada de inquietud.

Salió la mucama.

Como si Ernesto hubiera leído lo que pasaba en el alma de Lucila y quisiera evitar sus consecuencias, se levantó para irse.

¿Qué pasó entonces por Lucila? ¿Fue ella responsable de lo que dijo? ¿Razonó sus palabras o bajaron a su boca tan rápidamente que no tuvo tiempo de detenerlas?

—Estoy tan sola —exclamó—. Quédese un rato más.

Y como si sus palabras no necesitaran respuesta, señalóle la salita contigua al comedor, donde acostumbraban, diariamente, a tomar café.

Aquella pequeña sala, coquetona y tenuemente alumbrada daba al jardín. Hasta el balcón abierto,

enredaderas cuajadas de rosas veraniegas, trepaban con bello descuido.

El sentimiento de ambos, que el espacioso comedor, a puertas abiertas y profusamente alumbrado, se había mantenido sereno y prudente, se exaltó de tal manera al entrar allí, que Lucila se arrepintió de sus palabras.

Sentados a prudente distancia, temerosos de hallarse los ojos, evitando la menor palabra que pudiera iniciar una confidencia, esbozaron temas de conversación, agotándolos en dos o tres frases y así transcurrió un largo rato durante el cual, la angustia de ambos fue creciendo hasta amenazar el desborde.

La luna resplandeciente y llena entraba sus rayos por el balcón, bañando con su luz finísima la cabeza de Ernesto, cuyos cabellos se azulaban misteriosamente, y las manos de Lucila más transparentes y temblorosas que nunca.

U no sé qué indefinible y vago iba del uno al otro como impalpable hilo de oro.

En un momento de prolongado silencio, cuando el corazón de ambos parecía romperse, diez campanadas melancólicas cortaron el aire.

Lucila se estremeció.

–Es triste el sonido de las campanas –dijo–, recuerda la muerte.

La palabra muerte cayó en el alma de Ernesto como una puñalada.

Repentinamente tuvo la sensación de lo efímero de la vida; en un instante pensó que todo termina, que todo desaparece, que la vida no es más que un grano de polvo miserable; se sintió pusilánime, cobarde; pensó que lo mejor de la existencia, el amor, estaba encadenado, atado, aprisionado por redes falsas y mezquinas, pensó que en el largo camino a recorrer lágrimas amargas le llenarían los ojos, espinas agudas le ofenderían las manos y se vio embocado en un largo sendero de bordes convergentes, en cuyo punto final, mortalmente negro, iba a deshacerse para siempre; y como si hubiera querido huir de lo inevitable, dominar lo imposible, espantar, en suma, la muerte, con un movimiento brusco se acercó a Lucila.

Un frío mortal entró por los cabellos de ésta y fue a morir a sus plantas.

Le pareció que su silla giraba sobre sí misma, que el cuarto cambiaba de sitio, que el jardín desaparecía y que la tierra misma iba a ser lanzada a un abismo.

Intentó levantarse, huir de allí, pero fuerzas inconmensurables gravitaron sobre su cuerpo.

Fue entonces cuando Ernesto la besó desesperado.

Después de aquella conjunción una fiebre violenta los poseyó sin medida.

Aquellas naturalezas, al encontrarse, se reconocieron de tan profunda manera, que se asustaron de sí mismas.

La vida, separados, les pareció una cosa absurda, imposible.

Noches de largos insomnios, días interminables se sucedieron.

Lucila a veces, en horas nocturnas, sentada de improviso sobre su cama, tenía conciencia de que en esta misma actitud Ernesto pensaba en ella... entonces la perseguían como alucinaciones... sí, iban a volar los techos... iban a caer las paredes... de un extremo al otro de la ciudad quedaría hecha una sola ruta, la que iba de él a ella, y en este camino único, abierto en la urbe gigantesca, dentro de un segundo, iban a chocar uno contra otro, como dos astros... después caía sobre la almohada deshecha en llanto, sombría... se enfermaba.

Lucila, sin embargo, luchaba aún; su fortaleza fundamental no la había abandonado.

Ernesto, enamorado febrilmente y hallándolo todo imposible y difícil, había entrado también en un período de exaltación no frecuente en sus pasiones.

Cuando el estado sentimental de ambos ya era insostenible, Ernesto tuvo un momento de valor: me voy esta noche –se dijo.

Y le hizo llegar una línea: le pedí verla por última vez, despedirse de ella a solas, dos palabras... la esperaba en la plaza cercana, a las ocho... se embarcaba a las diez...

Lucila se prometió no ir, no verlo; su carta le pareció una imprudencia indigna de Ernesto y pensó resueltamente en echar cenizas sobre esto, para siempre, para nunca...

Pero a medida que la manecilla del reloj iba acercándose a las ochos, su corazón aceleraba los latidos, sus miembros eran sacudidos de pequeños temblores, algo desconocido se movía en ella y hacía mover sus

pensamientos y sus piernas... resistía, luchaba, pero tenía la sensación de ser atraída hacia la plaza como un miserable alfiler por un poderoso imán.

Y a las ocho menos cuarto, mientras preparaban la mesa para cenar, se escurrió al jardín; no pensó en el disparate que hacía, no pensó que podían verla... su ser no era más que una cosa que había abandonado su personalidad, su voluntad, como quien se despoja de un traje.

Cuando llegó a la plaza empezaron a caer gotas de agua llovía.

Él la esperaba impaciente.

En este momento pasaba un automóvil...

Lo llamó y se refugiaron en él.

Oh amigas, ¡perdonadla!

Porque a las diez de la noche un barco los llevaba a Montevideo, barco que —medio muerta en los brazos de él— ella había soñado cargado de rosas, todo es atracción, simpatía, amor, cambio, empuje, desvarío...

Oh, perdonadla, que la pobre golondrina viajera, cegada de juventud, lleva en sus alas inquietas y

oscuras, toda la tristeza de la noche.

Lucila creía tener en aquel instante, entre las manos, como una cosa pequeña y suya, la razón del tiempo y del espacio, la atención, el pensamiento de la naturaleza y de las cosas.

Le pareció que había nacido para ese momento, que su vida había sido hecha nada más que para experimentarlo, a pesar de todo, sobre todo, contra todo.

Y el Tiempo, portador de todas las respuestas y señor de todas las fiebres, la dejaba pensar, soñar, reír, creer, con la irónica complacencia de los viajeros expertos.

Estamos en otra primavera.

En un jardín de Flores, el jardín, abandonado, se cubre de alimañas.

Enredaderas empobrecidas por la falta de riego, intentan abrazar la casa silenciosa.

Las cerradas ventanas, donde arañas dejan sus telas, recuerdan los sepulcros sin visitantes.

Los pájaros, que no saben nada de la tristeza de los hombres, cantan, sin embargo, alegremente entre la copa de los árboles.

Son las siete de la tarde... el sol empieza a hundirse en la lejanía y alarga un beso perezoso sobre las

cosas...

Un niño de cabeza rubita, y ojos soñadores, cuidadosamente vestido de negro, ensaya sobre el piano la notas manuscritas en las tapas de un viejo cuadernillo musical.

En los dedos inexpertos de aquél, esa música melancólica se llena de ingenuidad.

Oh! La música recuerda una dulce figura de mujer, unos ojos mansos, unas manos finas, una cabeza encantadora.

Eso dicen los ojos del hombre que cerca del piano tiene la misma tristeza de las ventanas cerradas y los sepulcros solitarios.

En sus manos una carta, vieja a fuerza de ser leída, lo es de nuevo...

Y la carta dice:

“Julián: No me hubiera atrevido a escribirte jamás si no fuera porque, cuando recibas ésta, no podrás odiarme ya, porque no debe odiarse a los muertos.

“No quieras saber nada de mi locura que me va a costar la vida.

“No la puedo soportar ya...

“Día a día el deseo de ver a mi hijo, de besarlo, de llorar sobre su cabeza, me persigue de horrible

manera.

“De tarde, de noche, de mañana, la vocecita de mi pobre nene está en mis oídos, me llama, llora, está enfermo, se ha muerto...

“¿Qué hice contigo, Dios mío?

“¿Qué hice con la criatura de mi corazón?

“Oh perdón Julián, perdón para esta pobre mujer...

“He luchado horriblemente antes de hacer lo que hice; yo hubiera querido entonces arrojarme a tus pies, confesarte mi extravío para que me defendieras, para que me protegieras de mí y de los demás.

“Pero no me atreví. Oh, desdichada!

“Soy irresponsable de lo que he hecho... no puedo explicarte, porque todo lo que te dijera no lo podrías creer, porque yo no lo creo, pero es, oh, sí, es!

“Si hubiera podido no hacerlo!

“Ahora es tarde ya...

“Julián, Julián! Cuida a mi hijo... Sé como un padre para él... ocúltale esto... dile que su mamita, su pobre mamita...

“Oh, se me parte el corazón...

“Voy a hacerme digna de ti y de él.

“Voy a darles lo único que tengo, la vida.

“Oh, si ustedes estuvieran aquí todavía estaría a tiempo....

“Pero sopla un viento horrible, hace frío, las puertas y las ventanas crujen y el mar está enloquecido...

“Perdona Julián, perdona a todos...

“Que me vaya con esta esperanza...

“Adiós Julián... te agradezco todo lo que has hecho por mí.

“Perdón de nuevo.

“Mi hijo, mi hijo, por lo que más quieras, cuida a mi hijo...

“Adiós.

Lucila.”

El piano sigue sonando melancólicamente.

Julián atrae sobre su pecho la cabeza del niño y lo besa con ternura infinita.

–¿Qué tienes, papá? –le pregunta aquél.

–Recuerdo a mamita, a tu buena mamita.

Los dos bajan la cabeza silenciosamente.

De pronto un golpe de viento abre el balcón y deja ver el cielo azul, nítido...

Una golondrina negra contra el espacio.

.....

Amiguitas: esta es la historia.

¿No la creéis?

Sin embargo, todos los años, cuando llega la primavera, misteriosas migraciones de golondrinas hieren vuestra sensibilidad.

Las veis alejarse de vuestros techos y ventanas al atardecer, formando un triángulo tan misterioso como la razón de su vuelo.

¿Qué de extraño, amigas, que una noche de tormenta en el mar, la furia de los elementos las arroje

moribundas sobre los buques que lo cruzan, o las eche a dormir para siempre en su vuelo?

¿Qué sabéis vosotras, qué sé yo, qué sabemos todos de las golondrinas, de la noche y del mar?

Cuando veáis, sin embargo, que el negro pajarillo se echa a volar, llorad conmigo, amigas...

Acaso mañana una de vosotras... yo...

UMA ANDORINHA

Amigas: esta é a história de uma mulher.

Pequena história de um coração mole lutando contra uma paixão avassaladora.

Vocês conhecem, por acaso, aquelas flores suaves que crescem em paz nos prados? Se o vento as separa, se o granizo as fere, se a água as sacode, elas morrem no silêncio da tarde, sob os céus atormentados, muitas vezes injustos.

Amigas, o triste destino dela não mexe com vocês?

Vocês nunca choraram depois de uma tempestade ao ver as pétalas frágeis das flores, caídas e encolhidas em um canto do pátio? Elas, que nunca mais vão ver o sol novamente, nem vão perfumar, com intensidade, o vento alvoroçado; nunca mais vão rir felizes, com seus lábios multicoloridos; nem vão ver, na primavera, as atarantadas borboletas soltando gotas de ouro em seus cálices...

Ouçam, então... Quando Lucila completou 18 anos, ela mal aparentava 15, de tão graciosa que era sua figura; seu olhar, suave; seu aspecto, puro.

Se vocês a tivessem visto correndo debaixo das árvores sob a luz fantástica da lua, teriam achado que

se tratava de um suspiro da terra; sorte de alma corpórea nascida subitamente do feitiço divino das estrelas.

Mas não achem, amigas, que Lucila se fazia de ninfa entre as árvores quando tudo era silêncio.

Lucila, embora romântica e sentimental, nunca soube dessas aventuras.

Seus pais, pessoas sensatas e circunspectas, só haviam conhecido o lado simples da vida, e seus sonhos felizes e descansados nunca foram interrompidos pelos sons perturbadores da flauta do malicioso deus grego.

Assim, guiada de forma calma e prudente, Lucila se entregou para a vida sem dores ou preocupações.

A verdade é que nem um único contratempo havia perturbado sua existência: filha única daquele casamento acomodado, sua infância feliz tinha sido vivida na metrópole – como um refrescante mergulho em um límpido riacho rodeado de natureza.

Mais tarde, a delicada saúde da mãe os tinha forçado a ocupar uma casa de campo que tinham perto de San Isidro.

E os anos se passaram: três ou quatro professoras pouco exigentes, seus cães, seus bordados, o piano... e 18 anos gloriosos nas veias com a vida psíquica adormecida, inerte, sem ontem e sem amanhã.

No meio dessa calma, pequenos turbilhões: sua paixão pelos dias cheios de luz, pelas flores vivas, seus surtos de tristeza e sua ânsia de devanear ao piano quando, lentamente, o sol cai e as pastagens são

tomadas de uma luz azul e os pombos estão acurrucados em seus ninhos.

No entanto, amigas, a dor tem as propriedades do vento: está nas montanhas e na planície, na floresta e nos prados, nos mares e no deserto.

Esguia e esperta, ela vira portas, destranca janelas, viola fechaduras, entra por clarabóias, rachaduras, buracos das chaves, atravessa as cortinas pesadas, os tules leves, os biombos espessos e se expande em todas as direções.

Às vezes, toma formas leves: no vento suave e perfumado, na brisa matinal, no ar suave... Mas de repente se enfurece, dá voltas em si mesma, procura espaço, caminhos, distância, movimenta suas moléculas, respira, soluça, assobia, grita, ruge e corre loucamente na terra indefesa.

Assim, ao lado do cadáver de sua mãe, Lucila experimentou o primeiro choque que a assombraria. Diante dos olhos vidrados e assustadores e das mãos imóveis por toda a eternidade, perguntas terríveis invadiram sua mente.

Houve momentos em que apertou os próprios braços perguntando-se se aquilo poderia sumir, e outros em que sons musicais que lhe eram familiares adquiriam um profundo significado em seu cérebro, como se, de uma só vez, nos diferentes campos de sua psique, tivessem se diluído os mantos intocáveis que nos separam da verdade.

Lucila não era religiosa: sua mãe, de origem estrangeira, sempre lhe dissera essas palavras simples:

“acredito que há algo superior à humanidade e que não se deve fazer mal a ninguém”.

Seu pai, dinamarquês, tinha vindo para o país quando criança e tinha se dedicado, já adulto, a negócios de exportação. Na verdade, preocupava-se mais com a qualidade de um saco de trigo do que em olhar e entender o céu ensolarado de São Pedro.

Assim, então, quando as perguntas começaram, Lucila não teve uma resposta dada pela fé nem uma hipótese frustrada baseada em ciência barata.

Chorou muito, apertou seu coração, e ficou com as perguntas dentro da alma, assim como nos dedos ficam, geralmente, os espinhos pontiagudos que depois têm que apodrecer o tecido para sair.

Vamos resumir: um ano depois, Lucila está com o pai em Buenos Aires.

Alugaram um modesto apartamento na rua Talcahuano porque os negócios estão indo mal.

Poucos amigos visitam a casa. Parentes eles não têm. Entre os frequentadores mais assíduos, está o novo sócio do pai de Lucila... E quem mais? E para quê...

O visitante é moreno, tem bigodes pretos, olhos brilhantes e firmes.

Baixo, corpulento, tem grandes habilidades nos negócios e sempre uma piada na ponta da língua, uma

história divertida, uma anedota interessante.

Ele sabe tudo, tudo resolve, não há nada que não possa realizar. E como fala fácil e tem grande desenvoltura, faz com que acreditem nele e suas façanhas vêm e vão como um jogo bem jogado.

Vocês podem imaginar, não é, amigas?

Um belo dia, o pai de Lucila também fica doente. Seu sócio, Daniel Mendoza, havia conquistado sua confiança. Lucila não entende nada. É uma menina sem a experiência das garotas da cidade. Ela sabe que seu pai pode morrer... Sabe que está sozinha... Sabe que o negócio andou mal... Sabe que Daniel é simpático.

Mas Daniel sabe ainda mais: grande conquistador de donzelas, sente o mel dos lábios de Lucila e calcula o tamanho de seu dote, mesmo que saiba que está reduzido.

E uma noite eles se comprometem, e um dia, quando o pai de Lucila já estava quase morrendo, eles se casam e... não queiram saber mais, minhas amigas. Quando vocês eram crianças, quando ouviram que a Chapeuzinho Vermelho era perseguida pelo lobo, tremeram como a folha de uma árvore, suspeitando de seus dentes afiados e poderosos, não é mesmo?

Ah... a pobre Chapeuzinho Vermelho!

Diversas vezes, quando soube de um espírito puro que repentinamente é atirado à vulgaridade da

vida, imaginei um jardim cuidadosamente cuidado por mãos carinhosas que é repentinamente atacado por uma manada de búfalos furiosos.

Noite de núpcias desajeitada e estúpida foi a de Lucila.

Noite de lembrar os beijos amorosos da mãe, os pássaros de suas gaiolas e a água de suas fontes.

Noite de chorar soluçando profunda e descontroladamente... Noite de perguntar-se: era isso? Noite de estar com os olhos bem abertos ao lado do homem que dorme em toda a sua vileza.

Ela se perguntou se isso era amor e, não tendo resposta, teve que pensar que o amor devia ser uma daquelas tentadoras frutas cor-de-rosa que, quando você morde, mostram a polpa carcomida por um verme invisível.

Uma profunda melancolia tomou seu espírito e, assim, o marido passou a achá-la antipática.

Lucila não fazia nada além de chorar.

Então, entre um ser delicado e inexperiente que ocultava todos os seus sentimentos e encantos e um homem vulgar, sensual, rude e materialista, indiferente a todos os problemas espirituais, instarou-se o mais perfeito gelo que se possa imaginar.

Dias de um vazio cruel se sucederam.

Se Lucila soubesse mais, se tivesse tido a capacidade de se controlar, talvez tentasse atrair o marido,

fazer com que ele a amasse, já que não era possível amá-lo, substituindo a falta de calor na relação pela harmonia de uma vida sem intercorrências.

Mas como consegui-lo com seus poucos anos de idade, sem referências e sem experiência de vida?

Deixava-se levar pelo coração: não escondia a sua tristeza nem o seu incômodo e, assim, a frieza tornou-se azeda, e o azedume foi um golpe.

Daniel chegava à casa na hora do almoço e ao amanhecer – isso quando chegava...

Palavras secas, gestos duros, tristeza... horror...

Um dia, um dos muitos dias escuros, um longo raio de luz a banhou com bondade.

Lágrimas doces e serenas caíram de seus olhos...

O céu lhe parecia mais azul, a terra, maior. Pensou em Deus, pensou em sua mãe, lembrou-se do piano esquecido.

A palavra filho encheu seu coração com sangue quente e sua sentimentalidade inata foi canalizada para o futuro, para esse pequeno ser...

Quando ela contou ao marido, um tremor inenarrável a sacudia inteira; apesar de tudo, queria amá-lo, receber de seus lábios uma palavra amável; de suas mãos, um carinho afetuoso e leve.

Mas Daniel congelou-a com suas palavras... “você é realmente estúpida”, ele jogou na cara dela, quando a viu, diante de sua indiferença, chorar de novo.

E, com isso, a pequena porta de sua alma, onde ele poderia ter entrado como pai de seu filho, foi fechada para sempre com um sigilo silencioso.

Mas há uma diferença entre supor e ver: Daniel, que acolheu com tanta frieza o anúncio de seu filho, não pôde escapar da atração de sua presença e, com sua chegada ao mundo, o casamento parecia entrar em um novo estágio.

O transe da mulher e a beleza da criança mexeram um pouco com a ternura da alma seca de Daniel.

As doenças crônicas também podem ter um alívio, e isso não passava de uma trégua na tempestade.

Parece que na natureza e nas coisas há apenas um pensamento que se repete incessantemente, tanto material quanto imaterialmente.

Peguem um tecido e um ferro de passar, por exemplo: coloquem no calor máximo e marquem dobras acentuadas. Mais tarde, se vocês tentarem desfazê-las ou formar novas pregas, só conseguirão enquanto tiverem forças nas mãos, pois, então, livre, o tecido retornará às suas dobras iniciais.

Assim são as impressões da alma marcadas pelo fogo benéfico ou maléfico da vida: simples modificações, pequenos desvios não duram mais do que o tempo determinado pelo que os causou

acidentalmente para, então, retornarem novamente ao seu estado inicial.

E quando a criança entrou em seu primeiro ano de vida, tudo estava em seus corações como antes, pior do que antes, porque Lucila descobrira em Daniel falhas desconhecidas: jogava, bebia, tinha outras mulheres.

Bilhetes insolentes e vulgares andavam por seus bolsos com tanta negligência que parecia escárnio; Lucila chegou a pensar que ele fazia de propósito.

Mas agora o instinto da maternidade a enchia de prudência: ela escondia seus aborrecimentos, reprimia suas lágrimas. Pelo filho, estava disposta a suportar tudo.

Você sabem, no entanto, amigas, o que é um desmoronamento?

Imaginem uma parede forte e reta: um terremoto a estremeceu de tal maneira que os seus tijolos sofreram uma inclinação brusca; mas ela não caiu, porque assim como tudo, antes de cair, tenta achar um equilíbrio. Tendo-o encontrado, não é estranho que, já destruídas, as plantas trepadeiras a tenham coberto generosamente por muitos anos, mas o vento de hoje fez cair dois ou três tijolos, a chuva matinal levou pedaços de calcário ao chão. Calores fortes, secando o material, produziram novas rachaduras... Aranhas fizeram teias ali, lagartos furaram a base para suas cavernas... Toda vez que o vento passou, arrancou inúmeras partículas de pó...

Mas a parede ainda suporta: seu instinto de equilíbrio é superior ao frio e ao calor, à água e ao vento,

e está sobre a terra, às vezes vacilante, embora ainda de pé, até que, certa hora, elementos estranhos a abalam com forte violência e seus tijolos desmembrados e sem coesão não têm mais a elasticidade de antes.

Então a pobre e heróica parede cai em uma pilha de tijolos tristes e velhos.

O ânimo de Lucila estava, na verdade, como a parede, em estado de colapso. Havia sofrido grandes e pequenos choques que, insistindo, ameaçavam, como a gota d'água, afundar a pedra.

.....

São duas horas da madrugada: Lucila, ao lado da cama do filho, observa-o impaciente e chorosa. A febre devora o pobre menino, que, em alguns momentos, agita-se em sua cama e, em outros, fica letárgico, como se a morte se aproximasse dele sem remédio.

– Não demore hoje à noite, Daniel – implorou Lucila. O menino está doente.

São três horas...

Um profundo silêncio caiu na cidade.

Lá fora, o vento assobia de vez em quando...

São quatro horas...

O garoto se queixa agora: seus olhos se reviram e as convulsões despontam em seus membros.

Lucila, enlouquecida, corre para o telefone pedindo um médico... depois, volta para junto do filho, a quem beija, acaricia, chama, aperta, abriga, acomoda novamente e então fica imóvel, com as mãos da criança entre as suas.

Mas, de repente, corre de novo para o telefone, vai até a janela e olha para a rua, chama a criada pela campainha insistentemente e volta a prostrar-se ao lado da criança.

São cinco horas...

Um zumbido discreto e alegre corta o silêncio da cidade neste momento.

Quando o sente, um estremecimento repentino percorre Lucila...

Daniel abre as portas de sua casa e sobe as escadas em silêncio, no ritmo de um homem feliz consigo mesmo.

.....

Agora Lucila está com o filho, deitada sobre o tapete, brincando... O riso dos dois soa na tarde limpa como dois sinos de cristal.

Daniel entrou: fala, continua falando, fala de novo...

Lucila ouve, continua ouvindo, ouve de novo... Pressiona contra o peito a cabecinha loira do menino e, quando o pai sai, diz ao filho, entre pequenos soluços, entre beijos humildes, entre sorrisos encantadores: vamos sair desta casa, querido, com papai não podemos mais ficar... vamos sair e você não vai mais poder brincar com a Juanita...

O garoto ri de novo com sua risada de antes... pega com os dedos rosados e puros o nariz da mãe, puxa-lhe o cabelo dando pequenos gritos de alegria...

E lá fora, brilha o sol mais bonito que já se viu.

.....

Agora estamos de volta ao amanhecer: Lucila e seu filhinho dormem... Uma mão brutal a acorda... Daniel, bêbado, está ao lado dela e a olha de modo terrível... ela pula da cama e foge dos olhos dele...

Ai, caíam, cortinas pretas, caíam para que eu não veja... Tapem meus ouvidos para que eu não ouça...

Soluços de uma mulher na noite miserável; gritos de criança na sombra protetora... Ai, que tristeza!

Mas quando o sol nasce, Daniel ainda dorme... de seu lábio inferior, grosso e caído, escorre um fio asqueroso.

Lucila, até agora, foi, é, um instinto e, como muitas pessoas fracas, é forte por seu instinto.

Uma repugnância perfeita a estremece; o grito de não mais! não mais! a domina.

Procura em seu armário as jóias, roupas, o dinheiro escondido e, com os lábios apertados, os olhos secos, o coração partido e o filho em seus braços, joga-se na rua da salvação, ampla, aberta à sua esperança.

Convido vocês a entrarem... passem...

Veem aquele jovem tímido e insignificante que está sentado em uma poltrona de couro vermelho, falando de um jeito tão agradável com outros cavalheiros que não chama a nossa atenção?

É Julián Varela, um jovem advogado, muito discreto.

Mas cheguem mais perto e não se surpreendam. Quem é essa adorável jovem que faz com que a máquina de escrever se mova tão rapidamente?

Havia pelo bairro de San Isidro uma jovem loira, pura e com um olhar leve que gostava de tocar seu piano ao atardecer, lembram?

É Lucila.

Vocês podem admirá-la: segue bela, mas está mais madura.

Uma certa faceirice dá a ela um novo charme e vai surpreender vocês.

De sua blusa branca, primorosamente limpa, emerge o pescoço delicado que se estende por uma flor dourada de pétalas desordenadas e inquietas.

Lucila, trabalhando, sustenta a si mesma e a seu filho.

É secretária de Julián há um ano e mora em uma pensão.

Não sejam maliciosas.

É verdade que ele a deseja muito. Se estivesse livre, teria pedido sua mão em casamento.

Lucila parece não perceber o interesse que despertou.

Às vezes, os olhos dele se fixam mais do que o normal em suas mãos, mas Lucila, vocês acreditam?, acha que é porque os olhos de Julián são preguiçosos.

Agora, vamos a outro dia: Julián se aproxima dela com um jornal na mão e silenciosamente lhe

mostra uma notícia.

Ela lê: Daniel Mendoza foi condenado a dez anos de prisão por fraude.

Lê uma vez, outra, tenta falar, mas seu cérebro está girando, tudo escurece e sua cabeça cai sobre a máquina.

Há pessoas que acreditam que tudo na vida deve ser pensado, questionado e explicado.

No entanto, nas grandes cidades, onde a vida é agitada e difícil, muitas pessoas não param para questionar ou discutir suas vidas.

Aceitam-na tranquilamente, sem se esforçarem demais com problemas de natureza social, moral ou religiosa.

Lucila estava sozinha, completamente sem amigos, e tinha sofrido muito nos três anos de luta que enfrentou desde que havia fugido de casa. Seu marido – que para sua felicidade não a procurara – estava agora na prisão e Julián lhe oferecia reconstruir sua vida.

Ela conhecia bem Julián; a experiência de seu casamento a havia deixado com uma desconfiança ilimitada de todos os homens, e assim que a vida a colocou em contato com um ser masculino, tratou de ignorá-lo.

Mas na verdade ela não o amava... sentia-se amiga de Julián, admirava-o por sua bondade, amava suas gentilezas, teria sido com todo prazer sua irmã, nada mais.

Pensando em seu filho, mais do que nela, desejando ficar o dia todo ao seu lado para cuidar de sua educação, em vez de deixá-lo, como ele estava, nas mãos de outra pessoa e vê-lo uma ou duas vezes por semana, decidiu aceitar a proteção de Julián.

Uma alegre casinha em Flores foi escolhida para ser o ninho dessa união, e como lhe bastava apenas andar ao lado de sua amada esposa, Julián, com uma dessas raras delicadezas de que as mulheres não esquecem, nunca consagrou o matrimônio.

Pensem em um belo pássaro com asas ágeis e sedosas que, durante muitos anos, esteve em uma gaiola apertada e suja; imaginem suas penas empobrecidas e tristes e a angústia de seus olhos inquietos ao contemplar, de sua prisão, o céu tão azul e as árvores tão verdes; mas abram-lhe a porta na primavera, deem-lhe uma selva florida e perfumada com pequenos córregos cristalinos e verão o pássaro voar entre as folhas, alegrar-se e abrir as asas.

Julián deu a Lucila uma tranquilidade tão doce e amigável que se parecia muito com felicidade.

Ele era um daqueles bem nascidos, sentimentais e bons espíritos, sem brilho extraordinário, mas conhecedor do bom caminho da vida.

Satisfeito com a inteligência natural de Lucila, incentivou a mulher a continuar estudando música e lhe

presenteou com livros selecionados.

Novos horizontes despertaram nessa alma sensível e sem tendências predefinidas.

Perguntas acumuladas agora encontravam respostas discretas... seu espírito estava desabrochando.

Entre as atenções a seu filho, sua casa, que com as próprias mãos cuidava com primor, um pouco de leitura e música, as horas em que Julián não estava em casa passavam rapidamente.

Quando ele voltava, o tempo passava sem que sentisse.

Julián lhe perguntava sobre suas impressões do dia, suas leituras, seus pensamentos... ela conversava com certa timidez e então ele ampliava suas ideias, as aprimorava, completava.

– Sim, eu já tinha pensado nisso – ela explicava –, mas não sabia como dizê-lo.

Uma linda noite, depois de ter passado algum tempo no jardim, eles subiram para os quartos.

– Toque algo – ele pediu.

Ela sentou-se ao piano e deixou escapar uma melodia de Grieg; a música, imprecisa como uma espuma, saía de seus dedos imaculados e acabava no jardim, sob a luz branca da lua.

Sussurros infinitos vinham das árvores; uma presença divina fazia os dedos de Lucila tremerem, pressionando as teclas como num sonho... momentos depois, o piano se queixava dolorosamente: “faceirice

inenarrável de morrer”, dizia a nova música... Lucila improvisava.

Julián se aproximou: escreva essa música, ele disse, é muito sutil.

Ah, ela exclamou, divagando...

Mas ele insistiu e, momentos depois, sinais eram marcados nas páginas de um caderno de música.

Os 28 anos surpreenderam Lucila neste lindo oásis de paz.

Lembrando os sofrimentos passados ao lado de Daniel, podia dizer “agora tenho tudo: céu, esperança, alegria, teto, mesa”...

Seu menino era bom e doce; Julián o amava como um filho e estava tentando fazer com que seu espírito de oito anos se expandisse tanto quanto fosse possível.

O menino, sentimental como a mãe, parecia não ter herdado nada de Daniel: era sensível, bastante concentrado e, como ela, mostrava gosto pela música.

Lucila aproveitou essa tendência com habilidade e a criança evoluía sob uma direção muito amorosa.

Mas o que havia lá, no fundo da alma de Lucila, no poço espiritual escuro onde ela não queria mergulhar com seus pensamentos?

Será que saberia? Tinha vivido até agora do destino. Mas vivia sua verdade?

Uma vez tinha se perguntado se esta seria a sorte que teria desejado se um ser sobrenatural lhe dissesse: tome aqui o seu futuro; molde o seu destino.

Talvez Lucila ainda não tivesse chegado a nenhuma conclusão porque, depois do terrível sofrimento ao lado de Daniel, sua vida atual era uma glória.

Uma vez, no entanto, lendo um romance de Francis Jammes, “História de uma garota apaixonada”, ela havia ficado inquieta, preocupada.

Aquela menina nobre e aristocrática, forte e saudável, que foi jogada nos braços de um pastor da montanha “sem reservas e sem remorso”, disparou uma faísca nela.

Houve momentos em que atirou o livro longe e outros em que entrou em suas páginas com uma avidez desconhecida.

Eu gostaria de me sentir assim – ela pensou.

Mas uma leve indisposição de seu filho naquele mesmo dia saciou as divagações que lhe surgiam e o livro foi esquecido na biblioteca, enquanto todos os seus pensamentos estavam concentrados em seu filho, que era, na verdade, a luz de seus olhos.

Estamos em uma noite de dezembro... Buenos Aires, sempre tão árida, alegra-se com suas árvores floridas, que lançam nas largas avenidas um pequeno tapete de ouro.

O céu jorra sua luz azul, límpida e transparente... e as estrelas lembram um cristal de opala, vibrante, temente a Deus.

“Prepare-se para sairmos”, disse Julián, e Lucila, com um vigor singular nas veias, foi vestir-se.

Ela não sabe o que está acontecendo; tudo lhe parece eletrizante.

Deseja rir e chorar ao mesmo tempo... momentos atrás, no jardim, com os dedos, arrancou e amassou as rosas, levantou as mãos para o céu; oh, prazer: sentir uma estrela, esmagá-la entre os dedos...

Nem uma lembrança, nem uma esperança sente... Um vazio divino que encheria a alma da noite, se tivesse a sorte de agarrá-la como uma borboleta.

Já no caminho, as mãos de Julián tomam as delas fraternalmente: – O que você tem? pergunta, está nervosa?

– Não – ela responde.

E seu olhar flutua, e seus pensamentos flutuam e seu coração flutua.

Quando chegam a Palermo, dão um passeio pelo Rosedal, conversam amavelmente, riem às vezes.

– Você está distraída – ele insiste.

– Você acha? – ela responde.

De repente, alguém para o casal: – Julián! exclama.

– Ernesto!

Recém-chegado de Montevideú, Ernesto é um amigo muito querido de Julián.

Alto, magro, nervoso, tem a cabeça mais bonita e viril que se possa imaginar.

Sua pele desbotada, muito pálida, dá a ele um aspecto de sutil melancolia; o cabelo sedoso, com grandes ondas casualmente jogadas para trás, revigora sua melancolia, que se funde em olhos intensos e apaixonados e ri em sua boca suave e alegre.

Ai, Ernesto é a simpatia em pessoa.

Alguns pensam que a simpatia é um sinal de mediocridade, mas essa atração calorosa que emana de Ernesto desfaz toda frieza filosófica.

Parece que o mundo existe para Ernesto levá-lo nas pontas dos dedos, cheio de habilidade. Através dele, as coisas parecem fáceis e viáveis.

E não há, minhas amigas, um prazer especial em se aproximar das pessoas nas quais tudo dá a ideia

de facilidade?

Não parece que ao lado delas o nosso esforço para suportar a vida tem um pouco de paz?

Naquela noite, dois olhos escuros observam Lucila.

Um sorriso gentil, em uma boca que se mexe, anda por seus sonhos. Lucila se analisa. Sou uma louca, exclama.

E pensando assim, encolhe-se sobre o peito de Julian e lá dentro lhe diz: ah, meu amigo, meu bom amigo, me liberte dos olhos e da boca daquele...

O pequeno romance de Francis Jammes, de repente, retorna à sua imaginação e, em seguida, ela toma o filho em seus braços e o beija: meu pequeno, pensa, sua mãe é uma mulher má, meu pequeno!

E o beija na testa como se quisesse desfazer com essa carícia essa obsessão maldita.

Dias depois, Ernesto foi convidado para jantar com eles.

Quando Lucila sabe disso, fica verdadeiramente chateada, sua inquietação a domina, mas o que está feito está feito.

Pensa em falar sobre isso com Julián, mas como a vida é tão emaranhada que já não se sabe onde o

bem e o mal começam, considera-se culpada de ter permitido que em seu peito ficasse uma impressão que, na verdade, ela não havia nem procurado ou admitido.

E justo naquela noite Ernesto resolveu ser encantador?

Lucila sofre... Sua risada entra em seus poros e a ofende.

Diversas vezes, ela sai da sala onde conversam com o pretexto de ir ver a criança, que dorme.

Julián a convida para tocar piano, mas, ao fazê-lo, atrapalha-se o tempo todo... está realmente incomodada.

Ernesto toma o piano, então, e toca coisas leves e agradáveis.

Sua elegância natural cresce com essa atitude. Em alguns momentos, sua cabeça se eleva um pouco e seus olhos se estreitam com uma ternura íntima.

Lucila vai insensivelmente do nervosismo à tristeza... desejos de chorar a tomam agora e quando Ernesto sai do piano ela o pega de volta com uma facilidade inesperada: tristeza indefinível transparece nas notas... De vez em quando, Daniel passa por elas com seu cortejo odioso de ofensas e o piano se torna sombrio como o vento; em outros momentos, o filho querido acaricia seus dedos e caem lágrimas finas, imperceptíveis como pequenas bolhas de sabão que se partem para desaparecer na melancolia... de repente, a boca de Ernesto passa como relâmpago em acordes suaves...

Quando acaba, uma ligeira palidez a suaviza... seus olhos estão cheios de fogo, as narinas tremem ligeiramente.

Ernesto tem uma sensação de beleza total.

Ela é adorável – pensa.

E quando ele se despede naquela noite, leva-a nos olhos, uma porta perigosa através da qual é muito fácil encontrar os caminhos que levam ao coração.

Será que Lucila imaginou alguma vez que, em sua fragilidade, um dia poderia acender uma faísca enlouecedora?

Lucila nunca havia olhado nos olhos de um homem com segundas intenções.

Sua natureza, sempre moderada, nunca tinha experimentado um tremor dessa magnitude, que a tornasse capaz de uma explosão apaixonada.

Ao se aproximar de Ernesto, essa capacidade de seu ser afetivo subitamente veio à tona, deixando-a surpresa, aturdida.

Tinha a sensação de não se encaixar, de se expandir para além de seu ser e de estar em contato com tudo.

Em alguns momentos, ela parecia se sentir tão leve, tão incorpórea quanto o vento...

À noite, tinha medo dos mundos luminosos do céu: uma garra celestial desceu sobre ela e a esmagou, pequena, indefesa, sobre a terra onde se movia.

Então copiosas lágrimas irrigaram seu ânimo, lágrimas que cresciam à medida que conhecia mais Ernesto.

Antes de chegar a esse estado sentimental, tentou se defender de muitas maneiras, mas tudo tinha sido inútil.

Nem suas reflexões severas, nem Julián, nem a inocência de seu filho, nem sua paixão musical conseguiram tirar de seus olhos o rosto de Ernesto, nem sua voz de seus ouvidos, nem de suas mãos a lembrança das suas, nem de seu ser todo o outro ser.

Uma constante obsessão a perseguia: desejava fugir de si mesma, livrar-se de si mesma, aniquilar-se, para não ter que suportar tal tortura.

E seu pensamento era claro. Ela se jogaria aos pés da Morte como um cachorro antes de trair o homem que lhe brindara com tantas delicadezas.

Às vezes, voltava a ter desejos de lhe confiar a sua dor: parecia-lhe que desabafando seu sentimento, analisando-o, comentando-o, ia se livrar como a luz quando passa por um cristal.

Mas quando ia fazê-lo, a tranquilidade de Julián, sua confiança ilimitada e sua altivez moral continham suas palavras e o coração se afogava, cheio de paixão, de dor, de infelicidade.

A certeza intuitiva de que Ernesto a amava serviu para aumentar sua inquietação.

Fazia três meses desde que estavam vendo-se uma ou duas vezes por semana, sob o olhar sereno de Julián, e apenas seus olhos e suas mãos haviam traduzido furtivamente aquela novidade doce.

No coração de Ernesto, também se travava uma luta, mas sem a intensidade ou a gravidade da de Lucila.

A amizade escrupulosa, talvez tão forte quanto seu desejo, frequentemente perturbava seus pensamentos e, assim, prometia a si mesmo – cada vez que saía da casa de Lucila – que não voltaria, que embarcaria para Montevideú, onde sua família e a tranquilidade o aguardavam.

O que estava esperando ali? Um idílio romântico? Uma aventura vulgar? Uma tragédia?

Amava tanto assim Lucila? Que dor em comum tinham os dois? Que esforço eles tinham feito juntos? Que ideal eles buscavam?

Gostava de Lucila profundamente, é verdade.

A gentileza, sua espiritualidade, o charme de sua voz, suas mãos alongadas e pálidas o cultivavam de uma maneira incomum.

Sentiu-se tentado, mais de uma vez, a falar com ela, a escrever-lhe, contar-lhe tudo aquilo.

Queria que ela fosse sua.

Mas será que ele não queria o mesmo de todas as mulheres bonitas e de bom espírito com quem ele tinha contato?

E pensando assim, todos os dias ele se preparava para ir embora e todos os dias um pretexto o mantinha em Buenos Aires.

Assim iam as coisas quando o destino lhes preparou uma armadilha mortal.

Nessa noite, enquanto esperavam Ernesto para jantar, um mensageiro trouxe a Julián uma mensagem pedindo sua presença urgente na casa de sua mãe.

– Receba Ernesto, disse ele a Lucila, e me desculpe.

Quando Ernesto chegou, encontrou-a sozinha.

A comida não os salvou; seu nervosismo era tanto que quase não comeram.

Quando a empregada entrava para servi-los, como se tivessem combinado, alegravam o tom da voz, dando-lhe uma falsa leveza.

Esse esforço de ambos para disfarçar na frente de outra pessoa contribuiu para confundi-los mais,

porque, de forma indireta, estavam dizendo o que, aparentemente, estavam determinados a não confessar.

Quando o jantar acabou, a empregada entrou, solicitando consentimento para colocar o menino na cama.

A ideia de que o garoto iria dormir deu a Lucila uma estranha sensação de solidão e ela foi tomada pela inquietação.

A empregada saiu.

Como se Ernesto tivesse lido o que se passava na alma de Lucila e quisesse evitar suas conseqüências, levantou-se para sair.

O que aconteceu, então, com Lucila? Era responsável pelo que tinha dito? Refletiu sobre suas palavras ou elas saíram de sua boca tão rapidamente que não teve tempo de detê-las?

– Estou tão sozinha –, exclamou ela. Fique um pouco mais.

E como se suas palavras não precisassem de uma resposta, indicou a pequena saleta ao lado da sala de jantar, onde eles costumavam tomar café.

Aquela pequena sala, atraente e pouco iluminada, dava para o jardim. Pela varanda aberta, trepadeiras cheias de rosas de verão subiam pelas paredes com um belo descuido.

A sensação de ambos, que na espaçosa sala de jantar, aberta e ricamente iluminada, permanecia serena

e prudente, exaltou-se tanto quando entraram ali que Lucila se arrependeu de suas palavras.

Sentados a uma distância prudente, com medo de que seus olhos se encontrassem, evitando qualquer palavra que pudesse iniciar uma conversa, travaram alguns tópicos de conversa, esgotando-os em duas ou três frases, e assim passou um longo tempo, durante o qual a angústia de ambos foi crescendo até quase transbordar.

A lua cheia e radiante entrava com seus raios através da varanda, regando com sua luz muito fina a cabeça de Ernesto, cujos cabelos misteriosamente se azulavam, e as mãos de Lucila estavam mais transparentes e trêmulas do que nunca.

Um não sei o quê indefinível e vago ia de um para o outro como um fio de ouro intangível.

Em um momento de silêncio prolongado, quando seus corações pareciam a ponto de se romper, dez badaladas melancólicas cortaram o ar.

Lucila estremeceu.

– O som dos sinos é triste –, disse, lembra a morte.

A palavra morte caiu sobre a alma de Ernesto como uma punhalada.

De repente, teve a sensação da natureza efêmera da vida; em um instante, pensou que tudo termina,

que tudo desaparece, que a vida nada mais é do que um miserável grão de pó; sentiu-se fraco, covarde; pensou que o melhor da existência, o amor, estava acorrentado, amarrado, aprisionado por redes falsas e mesquinhas, pensou que, no longo caminho a ser percorrido, lágrimas amargas encheriam seus olhos, espinhos afiados machucariam suas mãos e se viu escondido em um longo caminho sinuoso, em cujo fim, mortalmente escuro, seria desfeito para sempre; e como se quisesse fugir do inevitável, dominar o impossível, assustar, enfim, a morte, com um movimento repentino, aproximou-se de Lucila.

Um frio mortal se emaranhou nos cabelos dela e foi parar em suas plantas.

Pareceu-lhe que sua cadeira dava voltas sobre si mesma, que a sala estava mudando de lugar, que o jardim estava desaparecendo e que a própria terra seria jogada em um abismo.

Tentou se levantar, fugir dali, mas forças imensuráveis gravitavam em seu corpo.

Foi quando Ernesto a beijou desesperadamente.

Depois daquela conjunção, uma febre violenta os possuiu sem medida.

Aquelas naturezas, quando se encontraram, reconheceram-se de maneira tão profunda que se assustaram consigo mesmas.

A vida separados parecia algo absurdo, impossível.

Noites de longa insônia e dias sem fim se seguiram.

Lucila, às vezes, de noite, sentada improvisadamente em sua cama, sabia que dessa mesma forma Ernesto pensava nela... então alucinações a perseguiam... sim, o teto ia cair... as paredes seriam derrubadas... de um lado da cidade para o outro haveria apenas uma única rota, a que ia dele para ela, e nessa estrada única, aberta na gigantesca cidade, em um segundo, eles iam chocar-se um contra o outro, como duas estrelas... depois caía no travesseiro desfazendo-se em lágrimas, sombria... adoecia.

Lucila, no entanto, ainda estava lutando; sua fortaleza fundamental não a tinha abandonado.

Ernesto, loucamente apaixonado e achando tudo impossível e difícil, também entrou em um período de descontrole que não era frequente em suas paixões.

Quando o estado sentimental de ambos já era insustentável, Ernesto teve um momento de coragem: vou embora hoje à noite – disse a si mesmo.

E lhe mandou uma mensagem: pediu para vê-la uma última vez, para dizer-lhe adeus a sós, duas palavrinhas... Esperaria por ela na praça ao lado, às oito horas... Embarcaria às dez horas...

Lucila prometeu a si mesma não ir, não vê-lo; sua carta parecia uma imprudência que não era digna dele e pensou em decididamente por um fim naquilo tudo, para sempre, para nunca mais...

Mas quando o ponteiro do relógio se aproximou das oito, as batidas de seu coração aceleraram, seus membros foram abalados por pequenos tremores, algo desconhecido se mexia nela e fazia seus pensamentos e pernas se moverem... resistia, lutava, mas tinha a sensação de ser atraída para a praça como um alfinete

miserável por um imã poderoso.

E às quinze para as oito, enquanto preparava a mesa para o jantar, escapou-se pelo jardim; não pensou no absurdo que estava fazendo, não pensou que pudessem vê-la... seu ser nada mais era do que uma coisa que tinha abandonado sua personalidade, sua vontade, como alguém que tira uma peça de roupa.

Quando chegou na praça, gotas de chuva começaram a cair.

Ele a estava esperando impacientemente.

Nesse momento, um carro passava...

Chamou-o e se refugiaram nele.

Ai, amigas, perdoem-na!

Porque às dez horas da noite, um barco os levou para Montevideú, um barco que – meio morta nos braços dele – sonhara cheio de rosas. Tudo é atração, simpatia, amor, mudança, pulsão, loucura...

Ai, perdoem-na, porque a pobre andorinha viajante, cega pela juventude, carrega nas suas asas inquietas e escuras toda a tristeza da noite.

Lucila acreditava ter naquele momento, entre as mãos, como uma coisa pequena e sua, a razão do

tempo e do espaço, a atenção, o pensamento da natureza e das coisas.

Pareceu-lhe que tinha nascido naquele momento, que sua vida fora feita apenas para experimentá-lo, apesar de tudo, acima de tudo, contra tudo.

E o Tempo, portador de todas as respostas e senhor de todas as febres, deixava que ela pensasse, sonhasse, risse, acreditasse, com a irônica complacência dos viajantes experientes.

Estamos em outra primavera.

Em um jardim de Flores, o jardim, abandonado, está coberto de vermes.

Trepadeiras empobrecidas por falta de irrigação tentam abraçar a casa silenciosa.

As janelas fechadas, onde as aranhas deixam suas teias, lembram as sepulturas sem visitantes.

Os pássaros, que nada sabem da tristeza dos homens, cantam, entretanto, alegremente entre a copa das árvores.

São sete da tarde... o sol começa a baixar à distância e prolonga um beijo preguiçoso sobre as coisas...

Um menino de cabeça loira e olhos sonhadores, cuidadosamente vestido de preto, ensaia no piano as notas manuscritas nas páginas de um velho caderninho de música.

Nos seus dedos inexperientes, essa música melancólica se enche de ingenuidade.

Ai! A música lembra uma doce figura de mulher, olhos gentis, mãos finas, uma cabeça adorável.

É o que dizem os olhos do homem que, ao lado do piano, têm a mesma tristeza das janelas fechadas e das sepulturas solitárias.

Em suas mãos, uma carta, velha de tanto ser manuseada, é novamente lida...

E a carta diz:

“Julián: Eu nunca ousaria escrever para você se não fosse porque, quando você receber esta carta, não poderá mais me odiar, porque os mortos não devem ser odiados.

“Não queira saber nada sobre a minha loucura, que me custará a vida.

“Eu não aguento mais...

“Dia a dia, o desejo de ver meu filho, de beijá-lo, de chorar em sua cabeça, me persegue de maneira horrível.

“De tarde, de noite, de manhã, a vozinha do meu pobre bebê está em meus ouvidos, ele me chama, chora, está doente, está morto...

“O que eu fiz com você, meu Deus?

“O que eu fiz com a minha criança querida?”

“Ah, perdoe, Julián, perdoe essa pobre mulher...”

“Lutei horrivelmente antes de fazer o que fiz, queria ter-me jogado aos seus pés, confessado meu pecado para que você me defendesse, para que me protegesse de mim e dos outros.

“Mas eu não me atrevi... Que miserável!”

“Sou irresponsável pelo que fiz... não consigo explicar, porque tudo que eu lhe disser você não poderia acreditar, porque eu não acredito, mas é, ah, sim, é verdade!”

“Se eu pudesse não ter feito isso!”

“Agora já é tarde...”

“Julián, Julián! Cuide do meu filho... Seja como um pai para ele... esconda-lhe isso... diga-lhe que sua mãe, sua pobre mãe...”

“Ai, meu coração se parte...”

“Eu vou me tornar digna de você e dele.

“Eu vou dar a vocês a única coisa que eu tenho, a vida.

“Ai, se vocês estivessem aqui eu ainda estaria em tempo...”

“Mas um vento horrível sopra, está frio, as portas e as janelas rangem e o mar está louco...”

“Perdoe Julián, perdoe a todos...”

“Deixe-me ir com essa esperança...”

“Adeus Julián... Eu lhe agradeço por tudo que você fez por mim.

“Perdoe mais uma vez.

“Meu filho, meu filho, pelo que você mais ama, cuide do meu filho...”

“Adeus.

Lucila.”

O piano continua a soar melancólico.

Julián puxa a cabeça do menino sobre o peito e o beija com infinita ternura.

– O que você tem, papai?

– Estou pensando na mamãe, sua querida mamãe.

Os dois baixam suas cabeças em silêncio.

De repente, um sopro de vento abre a varanda e deixa que apareça o céu azul, claro...

Uma andorinha contra o espaço.

.....

Queridas amigas, esta é a história.

Vocês não acreditam?

No entanto, não é verdade que todos os anos, quando a primavera chega, migrações misteriosas de andorinhas chamam a sua atenção?

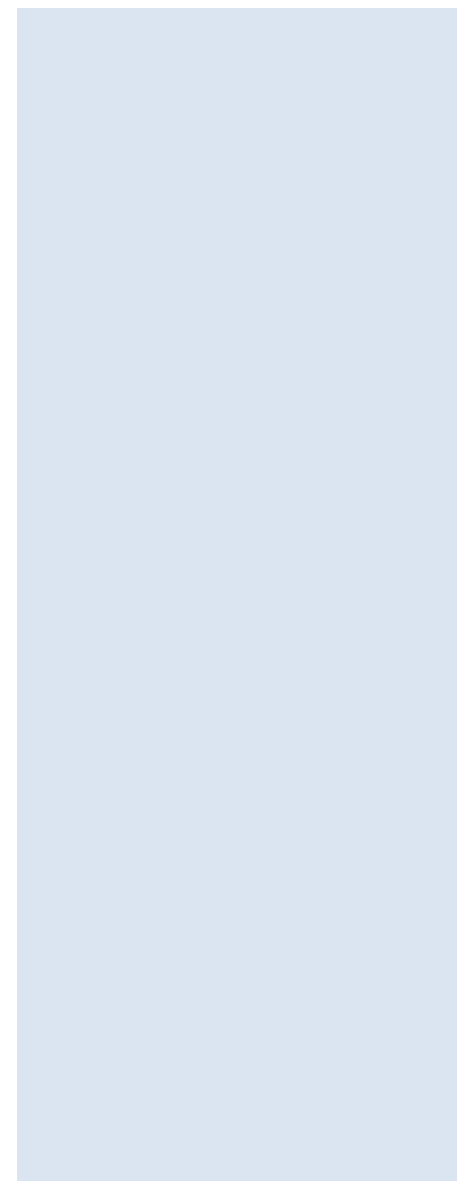
Vocês as veem se afastando de seus telhados e janelas ao pôr do sol, formando um triângulo tão misterioso quanto o motivo pelo qual voam.

Não é estranho, amigas, que, em uma noite de tormenta no mar, a fúria da natureza as atire moribundas sobre os navios ou que seu voo para sempre entre em sono eterno?

O que vocês sabem, o que eu sei, o que todas nós sabemos sobre as andorinhas, a noite e o mar?

Quando vocês vejam, no entanto, que o pássaro sai voando, chorem comigo, amigas...

Talvez uma de vocês amanhã... eu...



REFERÊNCIAS

STORNI. Alfonsina. **Alfonsina Storni**, vol. 2: prosa (narraciones, periodismo, ensayo, teatro). Ediciones Losasa: Buenos Aires, 2002.

